

DOSTOIEWSKY Y SANTO TOMAS

NO SE TRATA de establecer un paralelo entre estos hombres tomados concretamente y en plenitud. Las diferencias históricas son tan obvias que parece ridículo intentar una comparación de cualquier índole y, desde luego, no

Por Jorge PORTILLA

trataré de hacerlo. Pero si quisiera destacar, dentro de la enorme distancia temporal y psicológica que los separa, una veta de unidad que tal vez pueda arrojar

alguna luz sobre la estructura del mundo espiritual.

Santo Tomás nace cerca de Nápoles, a fines de 1224 en una familia de la aristocracia rural. Dostoiewsky, el 30 de octubre de 1821, en Moscú, en una familia de la clase media. Están separados por seis siglos. Pero seis siglos de historia europea. Es decir, seis siglos de tal manera preñados de acontecimientos decisivos en todos los órdenes, que bien puede decirse que se encuentran en dos puntos extremos de la humanidad histórica.

Pero esta distancia, objetiva y externa, es casi deleznable ante las diferencias psicológicas que se revelan en el estilo de sus vidas y en los testimonios que sobre ellos nos quedan.

La biografía de Tomás de Aquino es la menos dramática y más ininteresante que pueda imaginarse. No tiene prácticamente nada que ofrecer a la curiosidad de los modernos devoradores de biografías. Las pocas anécdotas que de él nos han llegado, como la de la mesa del rey Luis o la de su enojo ante las malas artes polémicas de Siger de Brabante, son del todo insípidas para los paladares del siglo xx. Creo que lo único impresionante de Santo Tomás es la lista de sus obras, y, para los pocos que lo leen, la penetración increíble y la transparencia de su inteligencia.

La Iglesia Católica lo ha llamado "Doctor Angélico". Confieso que no conozco con precisión la razón de este sobrenombre. Pero me suena. Alude, tal vez, a la perfección y a la agilidad que casi podríamos llamar musical de un pensamiento en el que se traban y se destraban con precisión aritmética todos los hilos conceptuales que el hombre puede tender hacia "lo Infinito" o "lo Absoluto" o "lo Divino" o, para decirlo con mayor rigor filosófico, hacia Dios: y es dudoso que jamás se haya posado sobre este mundo nuestro una mirada más clara, objetiva y amorosa que la de Tomás de Aquino.

Este hombre vivió su ininteresante vida en el interior de la Iglesia en el sentido figurado y en el sentido absoluto de la expresión. Dentro de la Iglesia en un grado superlativo, en esa interioridad de todas las interioridades que es la contemplación mística. Una perfecta serenidad del ánimo y el mundo luminoso de un intelecto perpetuamente activo fueron su habitáculo permanente.

La vida de Dostoiewsky, en cambio, tiene muchísimo más que ofrecer a la curiosidad de los lectores contemporáneos. Su figura está rodeada por el aura sombría de los grandes espíritus negativos del siglo xix. Al lado de Nietzsche y de Kierkegaard, Dostoiewsky ocupa un lugar eminente como genio de la desmesura y la tragedia.



El infierno. Diablos pesando un alma. Catedral d'Autun

SUMARIO: *Dostoiewsky y Santo Tomás*, por Jorge Portilla • *La feria de los días* • *Biblioteca Americana*, por Ernesto Mejía Sánchez • *Poemas de E. E. Cummings*, Tomás Segovia y G. Ungaretti • *Oscura flama hundiéndose*, por Tomás Mojarro • *Tú, Usted...* (*El lenguaje y el mexicano*), por Jaime Espinosa Ramos • *El Universo artístico de Virginia Woolf*, por Julieta Campos • *Raimundo Lida en sus letras hispánicas*, por Ramón Xirau • *De atribuciones*, por Augusto Monterroso • *Juan Soriano*, por Elena Poniatowska • *Música*, por Jesús Bal y Gay • *Cine*, por J. M. García Ascot • *Teatro*, por José Luis Ibáñez • *Libros*, por Alberto Bonifaz Nuño, José Pascual Buxó y Eusebio Dávalos Hurtado • *Breve homenaje a Manuel Pedrosa*, por Jaime García Terrés, Carlos Fuentes, Jesús Bal y Gay y J. M. Gallegos Rocafull • *Un arma contra el mal: La risa* (Fragmentos de Sean O'Casey) • Dibujos de Andrée Burg y Juan Soriano.

Uno de sus primeros biógrafos, Strakhov, en carta a Tolstoi, nos habla de la inquietud que le provocaba Dostoiévsky:

"Ayúdeme usted a encontrar una salida —le dice—. No puedo ver en Dostoiévsky ni un hombre bueno ni un hombre feliz... era un carácter malo, envidioso, petulante, y pasó toda su vida en una gran excitación que le habría hecho parecer pobre y ridículo si no hubiera sido tan malo... Los horrores le atraían... Pero con todas sus bestiales pasiones, no tenía ningún sentido de la belleza femenina. Eso se ve por sus novelas. Los personajes que más responden a su carácter son el héroe del *Subsuelo*; el Svidrigáilov de *Crimen y castigo* y el Stavróguine de *Demonios*...". "Era en verdad un hombre desdichado y malo, que se complacía en dárseles de feliz y que sólo a sí mismo se amaba con ternura... etc."

Parece que Strakhov no era digno de crédito. La viuda de Dostoiévsky protestó indignada contra lo que ella consideraba calumnias de un envidioso.

En todo caso, es evidente que nadie pensó jamás en expresarse sobre el hermano Tomás en términos semejantes a los de la carta de Strakhov. Pero, por otra parte, nadie podrá negar la proximidad de Dostoiévsky a los aspectos más sombríos de la existencia humana. No hace falta ser un adolescente para sentir el peso del mundo dostoiévskiano. De todos los paisajes espirituales que pueden servir de fondo a la aventura individual del hombre, los que él ha pintado son los más aterradores e inhospitalarios, con la sola excepción, tal vez, de los de Kafka. Nada hay ni remotamente parecido en Santo Tomás. Leerlo es participar en experiencias extremadamente dolorosas. No es extraño, pues, que haya suscitado resistencias y odios.

La chabacanería burguesa de fines del XIX y principios del XX echó mano de su manera típica de deshacerse de lo que no quería comprender y lo declaró "gran psicólogo". ¿No había dicho el mismo Federico Nietzsche que Dostoiévsky era el único hombre capaz de enseñarle psicología a él, que filosofaba con la nariz y el martillo?

Después de esta domesticación todo el mundo podía dormir tranquilo: Dostoiévsky es "un gran psicólogo". Si a uno le interesa la psicología puede leerlo, si no, no se ha perdido nada. Es un novelista que inventa personajes anormales, que no tienen nada que ver con nosotros. El mismo era un epiléptico.

El psicologismo es la gran astucia con que la burguesía declinante ha mantenido indemnes los muros que protegen su mediocridad. Pero Dostoiévsky no es un psicólogo, porque un psicólogo habla de ciertos hechos y de otros hombres desde un punto de vista en cierta manera exterior a esos hechos y hombres. Dostoiévsky es mucho más que esto; no se limita a describir *casos* excepcionales o patológicos. Nos obliga a contemplar el mundo desde puntos de vista, ciertamente poco frecuentes, pero legítimos y normales. No crea personajes para que nosotros los contemplemos tranquilamente, como seres raros, desde *nuestro mundo*. Nos muestra *el mundo* a través de personajes comprometidos en relaciones decisivas y radicales con las cosas, los hombres, y lo absoluto. Nos obliga a entrar en un juego de reglas gigantescas, las últimas que pue-

den plantearse al hombre. Nos hace sentir el peso de la condición humana tal como tiene que ser soportado en una experiencia de frontera, en la que el mundo humano limita con el Divino y con la nada.

Ciertamente, los muros del psicologismo están hoy casi arruinados. Pero siempre pueden levantarse otros. El historicismo puede servir también de muro de contención: Dostoiévsky es un hombre de su tiempo, luego... estaba equivocado. Su verdad es una verdad de su tiempo.

A este relativismo horizontal puede todavía añadirse un relativismo vertical: Dostoiévsky es un pequeño burgués, luego no puede decir nada verdadero. Estaba trabado y dominado desde fuera por las contradicciones de su situación en una sociedad deformada.

Tales son los argumentos del sentido común contra Dostoiévsky. Se han aplicado también a Santo Tomás.

Si Dostoiévsky es un psicólogo epiléptico con cierto interés clínico, Santo Tomás es un teólogo pícnico, es decir, un iluso de buen humor. Un hombre del siglo XIII... Un eclesiástico de origen aristocrático y un escritor pequeño burgués, a los que debe sólo comprenderse como un resultado de su clase y de las

relaciones de producción en sus tiempos respectivos.

Y todavía podemos descender al último grado de la estupidez:

Dostoiévsky es un ruso y nosotros somos occidentales. Lo que pasa en sus novelas son cosas de rusos; es el alma rusa: híbrida, medio oriental... No vale la pena dejarse coger por sus extravagancias...

He aquí un primer elemento de unidad en medio de la distancia. Unidad pobre, por cierto, unidad negativa. Los dos son igualmente rechazados por el pensamiento mediocre. La sofistería burguesa no quiere tener nada que ver con ellos. La astucia del término medio, que tiene que hacerse pasar por pensamiento para poder seguir instalada en su carencia de espíritu, no puede tenerlos por maestros.

Por supuesto, hay una multitud de adictos al pensamiento de Santo Tomás de una mediocridad aplastante. Como hay también una multitud (menos numerosa) de dostoiévskianos y hasta de nietzscheanos también de una mediocridad aplastante. Sucede misteriosamente que no basta adherirse al pensamiento del aquinatense para adquirir su inteligencia y la profundidad de su visión; ni se puede participar en el genio de Dostoiévsky a fuerza de admirarlo o tratando de parecerse a él o a un personaje de sus novelas. Alguien ha dicho que un elemento importante de la grandeza de Santo Tomás es que él no era tomista y, contra la opinión de Strakhov, es casi seguro que Dostoiévsky no era un personaje de Dostoiévsky.

Sí, uno puede ser tomista y tonto, o reconocerse en Iván Karamázov y ser un imbécil, pero esto no le da validez a la sofistería que busca anular su pensamiento.

Anotemos de pasada, además, que estos sofismas psicologistas, historicistas, y todos los demás relativismos que el pensamiento moderno ha segregado, son otras tantas renunciadas a la razón que en realidad vienen a caer sobre cualquier pensamiento serio, e incluso sobre el de quien los esgrime. Y no olvidemos tampoco que quien comienza renunciando a la razón acabará seguramente apelando a la fuerza. El nihilismo, que es siempre fruto de un escepticismo maduro, si es que puede hablarse así, es en realidad un semillero de absolutos podridos terriblemente destructores... Pero esto ya no es nuestro tema.

Nuestro tema es: Dostoiévsky y Santo Tomás de Aquino, así en general. Pero, ¿por qué precisamente Dostoiévsky y Santo Tomás?

La elección no obedece a un gusto arbitrario por la paradoja. Pero tampoco a una razón esencial. Discurrir más o menos anárquicamente sobre ellos me fue sugerido por una experiencia casi casual cuando iniciaba la lectura del teólogo hace unos años. Al leer una página de la *Summa Theologica* me vino a la memoria una escena de *Los hermanos Karamázov*...

En el libro V de la novela hay un capítulo titulado: "Los hermanos hacen amistad" en el que se relata una conversación entre Iván y Alejandro Karamázov, cuyo tema central es la fe religiosa de uno y la incredulidad del otro. Se trata, pues, del problema de la existencia de Dios, vista de un modo concreto y dra-

(Pasa a la pág. 10)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Jefe de Redacción.

Juan Martín.

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 2.00

Suscripción anual: „ 20.00

Extranjero: Dls. 4.00

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUZKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A.—(ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

D O S T O I E W S K Y

Y

SANTO TOMAS

(Viene de la pág. 2)

mático a través de la conversación de los hermanos.

Los hermanos se reúnen después de una larga separación y la conversación se abre, como un disparo, sobre el gran tema:

Iván abre el fuego: “—¿Por dónde empezamos? Dilo tú mismo... ¿Por Dios?, ¿existe Dios?”

Antes se ha excusado por entrar en materia de una manera tan abrupta alegando que al ruso le interesan fundamentalmente sólo las cuestiones últimas, radicales, universales: “Los jóvenes rusos no hacen más que hablar de cuestiones eternas”. “Los que no creen en Dios hablan del socialismo, del anarquismo o de



Santo Tomás— “un teólogo pícnico”

la transformación de la humanidad en un nuevo estado; es decir —dice Iván—, las mismas cuestiones, sólo que vistas por el otro extremo”.

Los hermanos hablarán, pues, de cuestiones eternas:

“Bueno, pues... figúrate, puede que acepte la existencia de Dios —rio Iván—. No te lo esperabas... ¿verdad?”

Iván empieza aquí a preparar su argumento: “Puede que acepte la existencia de Dios”. En realidad es esta una concesión que tiende a suspender la cuestión de si Dios existe, simplemente para no partir de ella, pues de ser así, se habría decidido ya de una manera u otra y el diálogo quedaría cancelado.

Iván continúa: “Acepto a Dios, y no sólo de buen grado, sino que acepto además su presencia y su finalidad... que a nosotros nos son perfectamente desconocidas; creo en el orden, en el sentido de la vida; creo en la eterna armonía, en la que todos hemos de fundirnos; creo en el Verbo hacia el que propende el Universo, y que reside en Dios, siendo Dios él mismo, bueno, y etc., hasta el infinito...”. “Según parece voy ya por el buen camino... ¿no? Bueno; pues ahora figúrate que en último término, yo, este Universo Divi-

no... no lo acepto. Y aunque sé que existe, no lo admito del todo.”

“Me explicaré —continúa Iván—. Estoy convencido como un niño de que el dolor se extinguirá... Que toda la indignante farsa de las humanas contradicciones se disipará cual lamentable espejismo, como una ruín manifestación de la humana, euclidiana razón; que finalmente, al término del Universo, en el momento de la eterna armonía, ocurrirá y surgirá algo hasta tal puntopreciado que bastará a todos los corazones, calmará todos los descontentos, redimirá todos los crímenes de las criaturas, toda la sangre por ellas vertida, haciendo que no sólo resulte posible perdonar, sino justificar todo lo sucedido entre los hombres.” “¡Todo esto —añade Iván— concedo que será y se manifestará, pero yo no lo admito ni quiero admitirlo! Concedo hasta que las líneas paralelas se unan en el infinito y yo lo vea; entonces lo veré y diré que se han unido; pero a pesar de todo no lo admito. Ahí tienes mi ser, Alioscha; ahí tienes mi tesis. Esto te lo digo en serio... No te hacía falta saber de Dios, sino saber cómo vive tu amantísimo hermano. Pues ya te lo dije.”

Como puede verse, Iván no quiere afirmar nada sobre la existencia de Dios. El la admite, e incluso hace una descripción emocionante de la visión escatológica del cristianismo. Su intención se desplaza hacia lo que él llama el *Universo Divino*. Es decir, hacia el mundo comprendido como creación de Dios que se encamina hacia un punto final glorioso. Iván suspende el juicio sobre el asunto central y fija su mirada en el mundo. Va a dar un rodeo por el mundo para mostrar ciertos hechos que lo hacen *inaceptable* como Universo Divino, lo que en último término, va a hacer inaceptable la existencia de Dios. No va a argumentar directamente acerca de esa existencia. Va a hacer algo mucho más grave: va a mostrar un aspecto del mundo con tal fuerza que nadie, ni el cristiano Alioscha, se sentirá capaz de replicar.

Pero, oigamos a Iván. Después de exponer con verdadera maestría la imposi-



Dostoyevsky— “genio de la desmesura”

Mientras la noche se ennegrece de culpas el cofrade vela y expía con los brazos en cruz, de rodillas frente a la Sagrada Forma.)

“Tan cerca las campanadas... como si nos llamaran a nosotras, y que nosotras fuéramos gente del pueblo. Pero oigo un grito, y que alguien pide agua. Entonces me doy cuenta de que las dolencias volvieron a despertar a mi hermana. Y que estamos tan lejos del pueblo como para que sus campanadas lleguen hasta nosotras sólo por lo oscuro y dormido que se queda el pueblo al filo de la madrugada.”

“Agua, maldita, quiero agua. Desgraciada ciega, óyeme. ¿No me oyes? Dónde estás, hermana, hermanita, lo único que tengo para insultar cuando tanto me duele hacerlo contigo...”

“—Habías de ver, hermana... ahora es un cerro de piedras, mucho más piedras que antes. Pero ya no le ruegues, que él tiene razón. Las piedras regadas por el suelo son un estorbo, y además, esta casa ya es de él... Vámonos, hermana, vámonos. Te digo que ya no le ruegues, que ya no te sigas humillando. Pero no me tientes la cara; me arañas los ojos con tus dedos cochinos... A poco vas a creer que estoy llorando...”

A esta hora comienza a meterse el sol. Va recogiendo sus rayos como en una amarilla resignación desencantada de haber calentado esta pila de gente. Gente callada, silenciosa e indiferente, como si viviera dormida en un terregoso sueño sin sueños.

“Aquel borracho se quedó dormido en el empedrado de la calle, de la callecita sucia de estiércol y chaparra, como si estuviera ciega y de rodillas en un perpetuo novenario por el buen temporal. Este pueblo se parece mucho a mi hermana. Es como ella de sucio y de seco, apestoso a humor de parturienta. Parece un viejo de lengua clisada que se pasara la vida no más repasando medio dormido su descarapeado rosario de adobes y haciendo monigotes de tierra para que se le arrastren por su pellejo de polvo y de chicalotes secos. Unos monigotes prietos, inútiles, con el espinazo clavado hacia el suelo y un pedacito pardo de corazón que a veces, en la noche, canta a gritos destemplados porque se trasminó de alcohol. Que canta a veces mientras el pueblo lo va apachurrando para enterrárselo en las uñas.

“Hasta ahora me voy dando cuenta de que yo soy un monigote de esos. No sé si lo era desde antes o me volví hace un rato, cuando me echó de su casa don Raudel Gómez. Yo creo que antes no lo era todavía, porque todavía soñaba, a escondidas de todos...”

“Hay veces en que alguien sube alto, muy alto, para de pronto sentir lo duro del suelo. Hay veces en que piensa mucho, se agarra a piense y piense hasta perder la razón o ve el sol de frente para quedarse a oscuras. Yo quería vivir; lo quería con todas mis fuerzas. Sólo eso quería. Pero llega un momento en que sólo esto se puede hacer, esto que yo estoy diciendo:

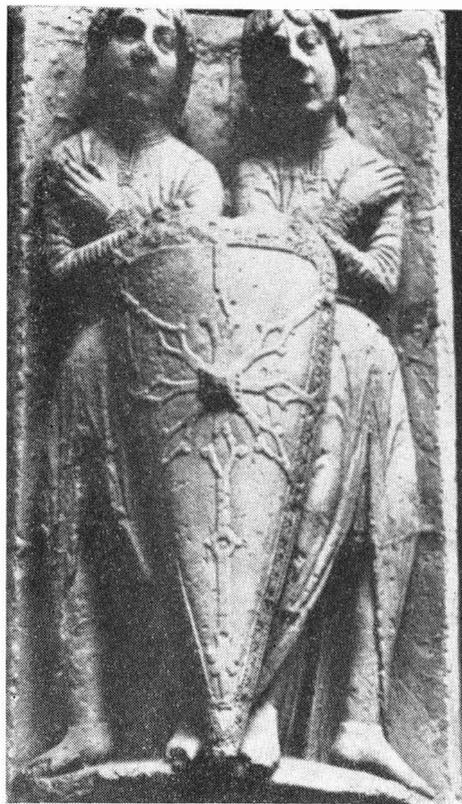
“—Vámonos, hermana, que ya está oscureciendo. ¿Sabes? Desde hoy me iré yo a la puerta del templo. Tú te quedarás en la casa. Yo venderé las semillas; no quiero que el aire te las vuele, o que te las sigan robando los escuincles de don Raudel Gómez cuando van al rosario...”

bilidad del amor al prójimo, empieza a entrar en materia:

“Pero basta de esto, yo sólo quiero traerte a mi punto de vista. Yo quería hablar de los sufrimientos humanos en general; pero es mejor que nos detengamos en los sufrimientos de los niños solamente. Tanto menos provechoso para mí, desde luego. Pero, en primer lugar, al niño es posible amarlo hasta de cerca, hasta con su cara sucia y fea (a mí me parece, no obstante, que los niños no tienen nunca caras feas). En segundo lugar, de los mayores no hablaré tampoco porque, además de que son repulsivos y no merecen amor, tienen una compensación: han comido la manzana y conocen el bien y el mal, y se han vuelto como dioses. Y aún siguen comiéndola. Pero los niños no han comido nada y por lo pronto son del todo inocentes. ¿Amas a los niños, Alioscha? Yo sé que los amas y por eso comprendes por qué yo ahora sólo de ellos quiero hablar. Si también ellos padecen horriblemente en la tierra es, desde luego, sin duda alguna, por culpa de sus padres, que comieron la manzana... porque has de tener presente que este es un juicio de otro mundo, para el corazón humano, aquí en la tierra, incomprensible. No es posible que sufra el inocente por el otro, y además el inocente así. Asómbtrate de mí, Alioscha, yo también amo a los niños. Los niños, mientras son niños, hasta los siete años, por ejemplo, distan horriblemente de las personas mayores; se diría otros seres y otra naturaleza.”

Las palabras de Iván se van haciendo cada vez más graves. Su tono es cada vez más patético, cada vez le es más difícil controlar el alud de imágenes que le atormenta: “¿Tú sabes a qué te estoy diciendo todo esto, Alioscha? Parece que me duele la cabeza y estoy triste”.

“A propósito, no hace mucho me contó un búlgaro en Moscú —prosiguió Iván Fedorovich— que allá en Bulgaria, turcos y cherqueses se conchaban para cometer fechorías, temerosos de una sublevación general de los eslavos, es decir, que incendian, degüellan, fuerzan a las mujeres y niños, clavan a los prisioneros por las orejas a las tapias y allí los dejan hasta ser de día, y al ser de día los ahorcan... y ecétera, que imaginarlo todo es imposible. Verdaderamente, suele hablarse de la bestial crueldad del hombre, pero esto es horriblemente injusto y ofensivo para las fieras: la fiera nunca puede ser tan cruel como el hombre, tan artísticamente cruel. El tigre no hace más que echar la zarpa y destrozar, y sólo eso sabe. Jamás se le ocurriría clavar a nadie por las orejas y tenerlo así toda la noche... Esos turcos, entre otras cosas, martirizan con fruición también a los niños... concluyendo por arrojar por el aire a los niños de pecho y a pararlos en la punta de sus bayonetas a la vista de sus propias madres. A la vista de ellas, en eso consiste el principal placer. Pero mira, a mí hubo de interesarme grandemente un cuadro. Figúrate: un niño de pecho en los brazos de su trémula madre; alrededor, turcos que llegan. Se les ocurre una alegre broma: acarician al nene, se rien para hacerle reír y consiguen que ría. En aquel momento un turco va y le apunta con su pistola a tres viorschkas de distancia de su carita. El chico, alegremente, ríe, extiende las manitas para coger la pistola, y de pronto, el artista oprime el gatillo,



Los Gemelos. Catedral de Chartres

le dispara en la cara misma y le destroza la cabeza... Artístico, ¿verdad? A propósito, los turcos, según dicen, gustan mucho de los dulces.”

“Hermano, ¿a qué viene todo esto?”, pregunta Alioscha.

“Pienso, contesta Iván, que si el diablo no existe y, por tanto, es creación del hombre, éste lo ha creado a su imagen y semejanza.”

No cabe duda que la cosa es fuerte. Pero esto no es todo. El genio de Iván continúa en busca de intuiciones más rotundas. Dostoiéwsky ahonda todavía más buscando el punto vulnerable del lector, tratando de conducirlo al instante en que el mal absoluto, el sufrimiento del inocente, ha de revelarse en una fulguración siniestra y abrumadora. Iván no está razonando para probar nada sino que conduce a su hermano poco a poco hacia el vértigo. Va excluyendo todas sus defensas, exponiendo casos cada vez más odiosos, en que los niños son atormentados por sus propios padres hasta el delirio.

No es cosa de seguir reproduciendo su relato. Lo que dice es demasiado torturante y no se trata de entregarnos a la caza de la intuición del mal que Dostoiéwsky logra transmitir con perfección increíble. Todo el mundo conoce esos pasajes de la novela que, por otra parte, desglosados de su contexto pierden buena parte de su efecto.

Todos sabemos, además, lo difícil que es lograr esa intuición y vivir seriamente por un instante el mal ajeno. Todos hemos visto las imágenes de los campos alemanes de concentración al terminar la guerra y creo que nos hemos asombrado tal vez más de nuestra propia indiferencia que del horror que encierra su silenciosa elocuencia.

Pero, escuchemos las conclusiones de Iván:

“A juicio mío, según mi lamentable, terrestre, euclidiana razón, sólo sé que el dolor existe, que no hay culpables, que todo procede lo uno de lo otro, directa y simplemente, que todo fluye y se allana... Pero todo esto es sólo una necesidad

euclidiana... Yo necesito una compensación... y no en el infinito, en ninguna parte ni nunca, sino aquí en la tierra y que yo pueda verla con mis ojos... Yo quiero ver con ellos al cordero tumbado junto al león, y cómo la víctima revive y se abraza con su verdugo. Yo quiero estar allí cuando todos vengan de pronto a saber por qué sucedió todo aquello. En este anhelo se fundan todas las religiones, y yo creo. Pero ahí están, sin embargo, los niños, y ¿qué voy a hacer con ellos entonces? He aquí un problema que no acierto a resolver. Por centésima vez lo repito: hay muchos problemas; pero yo he tomado solamente el de los niños, porque ahí se ve con claridad irrefutable lo que quiero decir. Oídmeme: si todos vosotros estais obligados a padecer para con vuestro dolor comprar la eterna armonía, ¿dónde poner ahí a los niños? ¡Decídmeme, por favor! De todo punto resulta incomprensible por qué habrían de padecer también ellos, y por qué habían de comprar ellos también con su dolor la armonía... En tanto es tiempo, me daré prisa a prevenirme y rechazaré de plano esa suprema armonía... La han tasado demasiado cara: no tenemos dinero bastante en el bolsillo para comprar la entrada. Así que me apresuro a devolver mi billete. Y con sólo que sea un hombre honrado, me veré en la obligación de devolverlo lo más pronto posible. Eso es lo que hago. No es que no acepte a Dios, Alioscha; pero le devuelvo con el mayor respeto mi billete”.

Esta es la argumentación de Iván, quien se limita a mostrar un mal que no puede salvarse con ninguna teoría. En efecto, una teoría es una forma posible de inteligibilidad. Si pudiéramos pensar el mal, comprenderlo, hacerlo inteligible como consecuencia, antecedente o premisa de algo, dejaría de pesar sobre nosotros su carga execrable. Nuestro primer movimiento es comprenderlo como consecuencia de una culpa, de algún desarreglo, como originado accidentalmente por *otra cosa* que el mal mismo.

Puesto frente al mal, el hombre intenta escapar *explicándolo*. En el fondo de este intento de explicación hay una huida, un volver los ojos a otra parte. Y este es un movimiento natural, porque el mal es lo ininteligible por antonomasia. Como



“todos los paisajes espirituales”

la nada. La nada no se deja agarrar, tenemos que verla como un hueco sobre el fondo del ser, como el agua en el hueco de la mano. Así como el agua se escurre, el mal se resiste a dejarse apresarse por nuestros conceptos. El mal no compone, es lo inarticulable, lo inorganizable por excelencia.

La operación que realiza Iván es, pues, sumamente difícil. Se trata de obligarnos a ver el mal puro, el mal en sí. Para ello es menester procurarse un fondo de bien absoluto: la inocencia infantil. De ahí su insistencia en los niños, porque el mal tiene como una tendencia a asociarse por sí solo con la culpa. El mal es soportable sobre un fondo de culpabilidad. Pero, como dice Iván ¿qué hacer con los niños? El sufrimiento del niño nos impide hacer nuestro juego de la inteligibilidad del mal. Sobre un fondo de inocencia el mal revela toda su irracionalidad y se hace insoportable. Aparece justamente como *mal*; como algo injustificable, ininteligible, absurdo.

Todo el alegato de Iván tiende a eso: a hacer aparecer el mal químicamente puro, sin traza alguna de las justificaciones o teorías de la razón especulativa, que él llama euclidiana. Tiende a coger el mal, a clavarlo con un alfiler como a un insecto deforme para ponerlo ante nuestros ojos.

Después de lograr esto, no hace falta discutir mucho. Uno devuelve con el mayor respeto su billete. Dado el mal absoluto, el bien absoluto es impensable. Una vez que el mal ha caído sobre nuestro corazón "como una gran bestia negra" la idea misma de Dios resulta contradictoria. El veneno del absurdo se filtra hasta los últimos rincones de la conciencia y la esperanza en un Dios providente resulta casi ridícula; una ñoñería de mala fe.

En estas condiciones uno puede *decir* lo que quiera: Iván asegura que acepta a Dios. Pero Alioscha no miente; él no puede aceptarlo. Silencioso, lleno de angustia va a refugiarse en la compañía del Starets Zósima.

¿Qué tiene que ver esto con Tomás de Aquino?

El artículo 3º de la cuestión segunda de la *Summa Theologica*, que inicia el Tratado de Dios, comienza el examen de lo referente a su existencia de esta manera:

"Parece —dice Santo Tomás— que Dios no existe."

"Porque si de dos contrarios suponemos que uno sea infinito, éste anula totalmente a su opuesto. Ahora bien, el nombre o término *Dios* significa precisamente un bien infinito. Si, pues, hubiese Dios, no habría mal alguno. Pero hallamos que en el mundo hay mal. Luego Dios no existe".

Este conjunto de proposiciones dicen exactamente lo mismo que Iván Karamázov. Digo: exactamente lo mismo, aunque es evidente que no lo dicen de la misma manera. La esencia del argumento es idéntica. Es *el mismo* argumento expuesto desde dos perspectivas radicalmente opuestas.

Las cinco líneas de la *Summa Theologica* nos dan la forma pura, la armadura lógica, despojada de todos los contenidos afectivos y de las actitudes personales de Iván. Este, por ejemplo, está indignado por el mal que encuentra en el mundo y trata apasionadamente de fijarlo para



Raskolnikov— "inventa personajes anormales"

darse la evidencia de la inexistencia de Dios. En Dostoiewsky el argumento está impregnado totalmente de la subjetividad de Iván; de sus sentimientos y de su posición negativa. El arte de la novela hace, además, que la subjetividad de Iván se confunda con la nuestra. Nosotros le prestamos a Iván nuestro tiempo, nuestro sentimiento y nos indignamos y juzgamos como él.

Santo Tomás, en cambio, al expresar significaciones puras, nos deja fuera de ellas en el papel de hombres simplemente pensantes, de meros contempladores, precisamente porque él mismo, como subjetividad afectiva, se ha quedado también fuera de juego. El no introduce sus sentimientos y sus decisiones, sino que se mantiene como puro expositor del juego de los conceptos.

Dostoiewsky y Santo Tomás apuntan hacia *la misma forma ideal*. Pero mientras uno introduce toda la afectividad posible que puede irle anexa, en círculos de proximidad cada vez más estrechos, el otro se limita a *pensarla*. Uno la trata en artista y el otro en teólogo-especulativo.

No se trata de alegar nada en favor de una supuesta objetividad del teólogo contra la subjetividad del artista. Tan objetivo es uno como otro. Sólo quiero llamar la atención sobre una cierta unidad que no proviene de una identidad trascendente ni es una pura coincidencia fortuita. Dostoiewsky dice muchísimas otras cosas en su obra y Santo Tomás pensó algo más que ese primer pensamiento del artículo 3º de la cuestión segunda de la primera parte de su obra máxima. Dostoiewsky creía, por ejemplo, que la causa principal de lo que él consideraba la decadencia y la ruina del cristianismo en Europa (lo que para él era equivalente de la decadencia y la ruina de Europa) era la influencia de la Iglesia Católica en esa región del mundo, opinión en la que probablemente no lo acompañaría el dominico.

Pero, a pesar de esto, hay una unidad que no es tal vez unidad de Santo Tomás y Dostoiewsky, sino la unidad profunda de la experiencia cristiana que se refracta en mundos y hombres distintos y adquiere formas tan distantes entre sí como la escena de los dos hermanos y las fórmulas filosóficas que he citado.

La teología católica es la forma más alta y más rigurosa que jamás haya alcanzado el pensamiento humano orientado a la comprensión del mundo religioso. Marca probablemente el tope de cientificidad en ese terreno. En ella cristalizan en conceptos puros la totalidad de las vicencias humanas posibles relativas a lo divino.

Su contenido ha sido expuesto, sobre todo, y gracias también sobre todo a Santo Tomás de Aquino, de manera sistemática y conceptual. Pero las posibilidades de su proyección en la selva de las emociones y actitudes humanas puede calcularse por la comparación que acabamos de hacer. No es difícil imaginar tampoco el enorme radio de la experiencia humana que pueden cubrir los tres mil artículos de la *Summa Theologica* en sus escuetas fórmulas.

Pero aparte de esto, Iván ha planteado un problema y algo hemos de decir, por breve que sea, sobre él.

Dostoiewsky no da una solución explícita que responda directamente a la cuestión planteada por su personaje. Esto no es una casualidad. Desde la perspectiva de Iván no hay solución alguna.

Santo Tomás sí responde a la dificultad, por supuesto, en el cuerpo del artículo que se inicia con su planteamiento. Pero responde en el mismo nivel de pensamiento puramente conceptual. No vale la pena reproducir aquí esa respuesta que parecería débil ante la fuerza emotiva de la cuestión en su planteamiento por Karamázov. Exponerla nos obligaría, además, a exponer de alguna manera la diferencia entre una magnitud infinita y una persona infinita. Baste decir que puede reducirse al argumento de que siendo Dios una persona y no una magnitud infinita, su infinitud no podría concebirse si estuviera, por decirlo así, limitado en su libertad por el mal, si no pudiera, de alguna manera, permitirlo y transmutarlo en bien.

Esto puede parecer poco convincente y, sin duda, para quien haya tenido una experiencia viva y profunda del mal, tendrá más aspecto de sutileza metafísica que de respuesta seria al argumento. Pero precisamente esas sutilezas metafísicas, proyectadas en la efectividad emotiva y dramática de la vida humana, pueden convertirse en argumentos concluyentes.

Por otra parte, la solución de Santo Tomás (que no se reduce a la respuesta específica del argumento citado) es la misma que la de Dostoiewsky. Este responde también a la grave objeción. Pero responde también como artista, sin desarrollar coherente y sistemáticamente la polémica. A la actitud de Iván responde con la actitud de Alioscha y con las páginas donde el Starets Zósima relata su vida.

La indignación de Iván ante el sufrimiento humano es una actitud que lo excluye a él mismo de la problemática que ha planteado. El no entra en el juego sino que devuelve "con el mayor respeto" su billete. El deja que la cuestión del mal se plantee entre el mundo y su Creador como si él mismo no tuviera nada que ver con uno y otro. El se coloca fuera del mundo y de Dios justamente mediante la protesta indignada. Iván es un ateo práctico y un nihilista. Alioscha, en cambio, que es cristiano, entra en el juego con dos billetes: el suyo y el de Iván, y se va a

Siberia acompañando a Demetrio para expiar el parricidio que Iván ha instigado.

Ante el problema del mal, el cristiano Alioscha no se indigna sino que asume su participación en la culpa y afirma la co-responsabilidad universal que se expresa sintéticamente en el dogma del pecado original, tal vez la única concepción del mal que hace pleno honor al hecho de la libertad humana. La idea del pecado original no es sino la expresión de la responsabilidad universal concreta, la responsabilidad de todos los hombres en el mal que hay en el mundo. Pero el cristiano no se limita a afirmar teóricamente la responsabilidad común. En la medida en que es efectivamente cristiano y no un maniqueo disfrazado, tiene que afirmarla prácticamente asumiendo la culpa; operación, en verdad, difícilísima. Esto es lo que hacen Alioscha y Zósima. El cristiano auténtico no devuelve el billete sino que lo paga. El precio, el paradójico y misterioso precio, es la sangre derramada del inocente, que siendo inocente se hizo culpable por todos hasta la muerte, muerte de cruz, y la participación efectiva en su sufrimiento y su muerte. El cristiano acepta la culpa y la expiación.

Es evidente, sin duda, que existen millones de supuestos cristianos que rasgan sus vestiduras y les echan la culpa a los otros como si ellos no tuvieran parte alguna en el mal del mundo. Hay una extraña raza de cristianos-maniqueos, blancos hermanos gemelos del negro Iván, tan peligrosos o más que éste para la salud espiritual del mundo. Porque son capaces de aumentar inconcebiblemente el mal de los otros para proteger una buena conciencia que no es sino la más costosa y peligrosa de las ilusiones y porque, como dice San Pablo en alguna parte, se arremolinan a la puerta del templo y no entrando ellos impiden la entrada de los demás.

Alioscha Karamázov es realmente un cristiano al que no se le ocurre localizar la culpa de la muerte de su padre en la conciencia extraviada de su hermano Iván para irse después a dormir con la suya bien tranquila. El excepcional Alioscha toma sobre sí la culpa de su hermano sin esbozar siquiera la sombra de un contra-argumento, porque sabe que el camino que conduce a la plenitud y la reconciliación no es un ejercicio lógico, sino el que quedó trazado en la memoria de la humanidad, como tope de sus más altas posibilidades, como modelo intrascendible, en la historia que relata el *Evangélio*.

Claro que todo esto puede parecer demasiado patético, pero las cosas son así, aunque resulte un poco emocionante decirlo. Todavía más patético sería confirmar lo dicho estableciendo un paralelo entre otros pasajes de Dostoiewsky y Santo Tomás, igualmente impresionantes en su coincidencia, acerca de la universalidad de la culpa y el sentido cristiano del sufrimiento, que constituyen tal vez el punto máximo de la aquiescencia de estos dos hombres tan diferentes, y que revelaría más claramente aún que los textos que hemos examinado, la profundidad de los cambios que tuvieron lugar en la conciencia europea entre el siglo XIII y el XIX. Pero que revelarían también de qué manera, en medio de las variaciones históricas, existe un campo permanente de cuestiones últimas que permanece en esencia invariable.

T U , U S T E D . . .

(EL LENGUAJE Y EL MEXICANO)

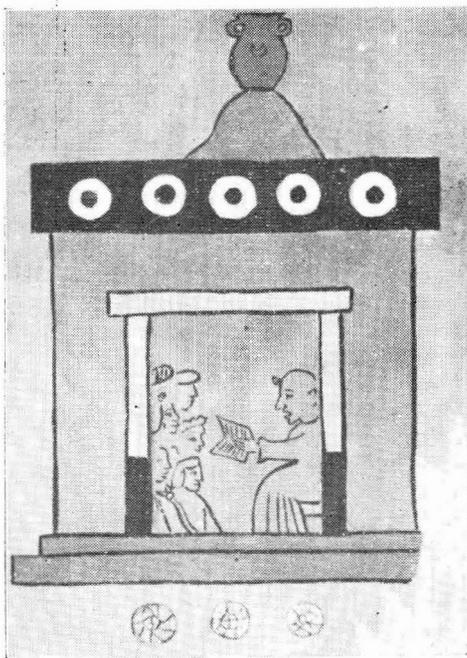
Por Jaime ESPINOSA RAMOS

E. SAPIR define el lenguaje como "un método puramente humano no-intentivo de comunicación de ideas, emociones y deseos, por medio de un sistema de símbolos producidos voluntariamente", en su obra *Language*, 1922, p. 7. Nosotros partimos de su definición, porque debemos colocar a nuestra lengua dentro de todo un contexto cultural: el gran campo de la civilización clásica occidental.

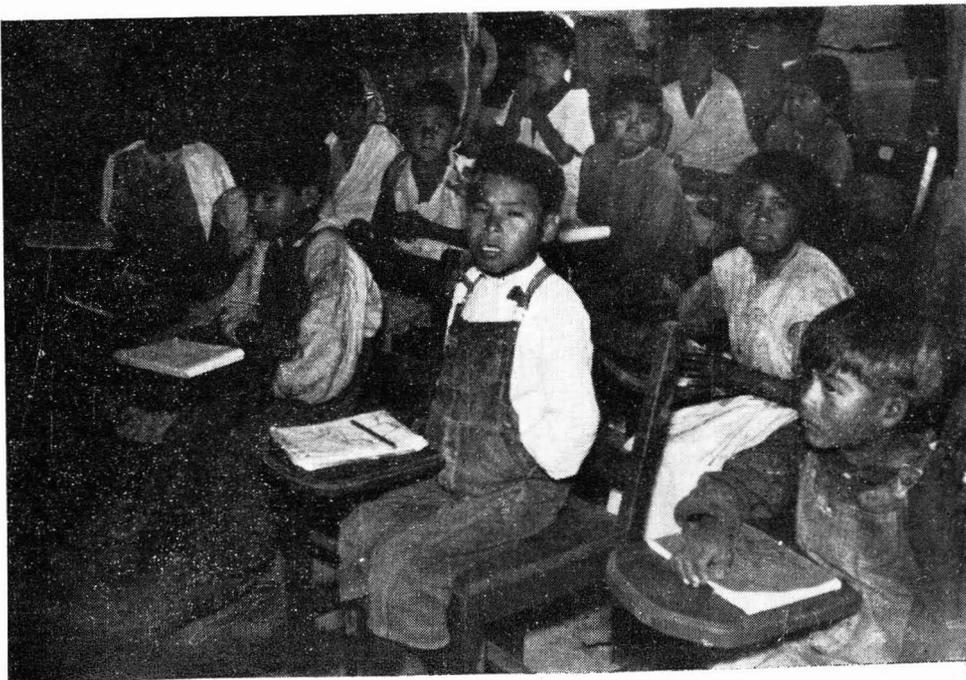
Se ha dicho, atinadamente, que el lenguaje en su aspecto dinámico no ha hecho de las ideas su principal objeto, y sí ha girado alrededor de las emociones y de las actitudes, desde el pasado más nebuloso del hombre. Y a la vez se ha puntualizado en la definición anterior y en otras, un carácter específico del lenguaje: su simbolismo. Que por su aspecto mismo de enlace le da a éste su innata comunicabilidad. Ahora bien, el hombre usa del

lenguaje como medio de conocimiento. Aquí surge una primera disidencia: "existen dos modos, escribió el doctor Whewell, de comprender la naturaleza, uno, consistente en examinar sólo las palabras y los pensamientos que estos suscitan; otro, en prestar atención a los hechos y cosas que dan ser a estos conceptos... los griegos siguieron el primero, la línea verbal o conceptual". Disyuntiva ya establecida por la filosofía griega en general con su teoría del conocimiento, que al señalar al idealismo como engendrador de realidades, abandona un realismo más tarde adoptado por el movimiento aristotélico. Tal antinomia ha podido ser, si no superada, sí apreciada, hasta épocas modernas en que el análisis psicológico ha alcanzado un adelanto suficiente como para encargarse de estudiar científicamente una parte del proceso de comunicación, esto es del mismo conocer, creando así una auténtica ciencia del simbolismo, que no debe capacitar para elaborar después una teoría asimismo científica de la definición.

Esta tarea de hacerle frente a los auténticos significados verbales no ha halagado mucho a la investigación humana, que con generalizaciones pesimistas: "todo es cuestión de palabras", "hablar mucho y no decir nada", ha dejado un fuerte sedimento de nihilismo lingüístico, visible a lo largo de toda nuestra tradición occidental. "Pero aunque todas las escuelas postaristotélicas, y particularmente los estoicos, cuyos puntos de vista sobre el lenguaje influyeron considerablemente sobre los juristas romanos, dedicaron alguna atención a la teoría lingüística, en ningún momento encontramos pruebas en la antigüedad de que estos planteos lleven a un estudio de los símbolos, semejante por su índole al que Platón, en su diálogo *Crátilo*, y Aristóteles, con sus *Categorías* y su *De Interpretatione*, parecen a veces querer encarar. Como vemos se debe a



"portadora de su palabra cultural"



"el lenguaje en su aspecto dinámico"